

Cáceres, en que se ven esculpidos los escudos y armas de sus ilustres y generosas casas.

»Dentro de la clausura, en la sala del *De profundis*, está el entierro de D. Luis de Castilla Altamirano y de Doña Luisa Barba, su mujer, adornado el altar de un costoso retablo labrado de media talla y santos de bulto, consagrado á Nuestra Señora, y á los lados, de rodillas, copiados al natural. Rematan la obra y la coronan dos escudos de sus nobilísimas casas.

»Otros muchos entierros y sepulturas tiene este grave convento, porque, como nuestra Religión es tan amada, los que en vida le fiaron sus almas, en muerte le entregan sus cuerpos. Dellos están algunos en el claustro, el cual es tan capaz que de circunferencia tiene 680 pies, vestidas todas sus paredes y pilares de mil diferencias de labores y alfombras hermosísimas de azulejos traídos de España, y en cada pilar un santo de la Orden, de cuerpo entero.

»Las cubiertas de los cuatro lienzos corren cada cual con diferencia, labradas con primoroso arte en cedro, y en los cuatro ángulos se miran muy curiosos altares de historia de media talla. »

Por lo que hace al Ecuador, no he halla-

do hasta ahora trabajo alguno escultural en piedra sino dos tan antiguos, que son de los mismos días de la conquista. El uno es la silla episcopal, y el otro se halla en el retablo principal de San Francisco de Quito, del que se dice así en el documento que copio:

«En la parte superior del retablo del altar mayor del convento de franciscanos de Quito está la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, y á los lados de la Epístola y Evangelio el santo Crucifijo y la imagen de Nuestra Señora labrada en piedra, muy antigua.»

De la pila bautismal dice el mismo documento: «Es de piedra, curiosamente labrada»; y concluye de este modo su inspección escultural: «La silla episcopal es de piedra y madera bien labrada.»

De la pintura y escultura en Chile.

Poco es lo que tengo que decir de Chile acerca de bellas artes que hasta aquí hemos repasado, porque, en puridad de verdad, poco es lo que en Chile hubo en tal materia. Debióse en mucha parte á la rusticidad de sus indios, que lejos de aco-

modarse, como los del Perú y Quito, á la vida pacífica é industriosa, siguieron casi tan salvajes é indómitos como antes de la conquista.

Son las bellas artes fruto algo más que sazonado de la civilización de un pueblo, y la historia, si no me engaño, ve en el siglo de oro de todas las naciones la aurora de la decadencia nacional.

Hice no ha mucho esta misma observación, precisamente para probar que el pueblo inqueño estaba en suma decadencia cuando llegó á él D. Francisco Pizarro, y que la industria en él hallada no era sino resto de la de otras generaciones que le precedieron, inmensamente más adelantadas que él en todo género de conocimientos.

Los descubrimientos que á diario se hacen en la América prehispanica afirman y robustecen á maravilla esta verdad.

Pero en Chile no hay rastro de civilización alguna anterior á la poca que introdujeron los incas: el embrutecimiento del pueblo era neto, sin lista alguna de decadencia ni pinta de civilización remota. Nada, por consiguiente, más puesto en razón que en pueblo de esta forma no entraran las bellas artes en tres siglos.

Quejas contra los españoles no faltan por

esta ausencia, pero sin tomarse los críticos el trabajo de examinar qué pueblo era el indígena chileno antes ni después de la conquista. De ficciones poéticas y fabulosas fabricaron algunos escritores los comienzos de la historia de Chile, ensalzando, cual les plugo, la vida, creencias y costumbres del Purén indómito; mas por lo que escribieron no tomarían en la mano un hierro ardiendo, á buen seguro. El martillo de una crítica apasionada é injusta ha obrado sin cesar sobre nosotros. Cúlpannos los chilenos de no haber protegido y hecho adelantar las bellas artes en su país cuando era la Capitanía general de Chile. Pero conviene saber lo que Chile era antes que el inmortal Valdivia le llevara el trigo.

De ello sacaremos la disposición de ese pueblo para las bellas artes, y después veremos la aptitud de la nueva población para tan bello adorno del espíritu.

Seré muy corto, y extractaré para serlo, de Fray Reginaldo de Lizarraga, obispo de la Imperial en Chile, cuanto diga acerca de las costumbres, usos, etc., de los chilenos primitivos.

El llamado en nuestros antiguos documentos reino de Chile fué descubierto en 1536 por el mariscal D. Diego de Almagro,

como en el tercer libro de esta obra dejamos apuntado.

Su extensión, de 500 leguas aproximadamente en dirección N-S., empezaba á contarse desde el desierto de Atacama, su límite Norte con el alto Perú, hasta el estrecho de Magallanes, que lo terminaba al Sur.

La anchura está circunscrita á una faja estrecha de tierra entre el mar y la cordillera andina, cortada por ríos que se desprenden de los colosales montes que la separan de las hoy Repúblicas de Bolivia y Argentina. La provincia de Cuyo, de esta última República, perteneció varios años al reino de Chile.

De sus habitantes primitivos se ignora tanto ó más que de los de otras regiones americanas. Los desiertos del Norte y los fríos rigurosos del Sur habían acumulado al centro el mayor número de habitantes, buscando una vida menos incómoda. De los que quedaron hacia el Sur nos ha dejado el supradicho Obispo noticias verdaderamente desoladoras. Yo no sentiría escrúpulo alguno en afirmar que se pueden hacer extensivas al centro y Norte de Chile antes de que los incas influyeran en estas zonas.

No adoraban cosa alguna, ni sol, ni luna, ni estrellas; su vestido se componía de

unas pieles de gatillos, que usaban á manera de mantas, con que se cubrían en el invierno. Estábanse largas horas metidos en sus casas sin hacer nada, porque eran grandes holgazanes. Las mujeres trabajaban en todo lo necesario; ellos, sin rey ni ley; el más valiente ó el más fuerte, el más temido. Castigo no había para ningún género de vicio; desconocían toda sujeción y reverencia; la deshonestidad los señoreaba por completo.

Por alimentos tenían raíces silvestres y cuanto da Naturaleza sin costa. Antropófagos y vengativos con los prisioneros de guerra, hacían ésta con armas tan rudimentarias como las piedras y los huesos de animales. Diéronles maíz los peruanos y alguna que otra semilla más. La *llama* no se crió bien en los Andes de Chile, pero sí el huano. De sus semiconquistadores los incas aprendieron á tejer la lana de vicuña y á trabajar el barro para los más indispensables utensilios de cocina.

Su aritmética no conocía cantidad que sobrepusiera los dígitos; vendían las hijas á los varones, y el comprador adquiría sobre ellas derecho de vida y muerte. Con esta ligerísima reseña quedará el lector plenamente convencido de que las bellas artes tenían herméticamente cerrada la puerta en Chile.

Llegaron los días de la conquista, y aquello fué un guerrear sin rato de descanso. *La Araucana* de Ercilla, dejado lo poético, sirva de testigo. Cuando el poder español parecía consolidarse, un nuevo alzamiento de los indios arrasó cinco ciudades, llevando á todas partes la desolación y el exterminio.

Vino la famosa guerra defensiva del Padre Valdivia, que no fué idea suya, y tras ella nuevos trastornos. No se encuentra en toda la historia chilo-hispánica un solo período propicio á las bellas artes en lo que respecta á la pura raza indígena.

Si pasamos de ella nuestra consideración á la clase de personas que pobló la tierra chilena, no hay un solo elemento en todas ellas capaz de promover las bellas artes. Los mineros de Tiltil, y los cosecheros de vino y trigo, no estaban por dibujos. Si los criollos chilenos amaban la ostentación y el lujo como los del Perú, Lima proporcionaba cuanto pudiera satisfacer cualquier capricho. Chile fué muy pobre durante la dominación española, y las bellas artes buscan á Atenas y huyen de Esparta. Fué siempre Chile país escaso en gente, y el refinamiento del gusto en las bellas artes no se acomodó, ni ellas mismas, á las Tebaidas y Kol-

sines. Y sobre todo esto, y más aún que todo esto junto, la clase acomodada y rica se componía de vascongados, hombres probos, calculadores, económicos; comerciantes honradísimos pero, aunque lastime algo la memoria de ello, poco dados en Chile á pinturas y gámbainas. Sólo en lo místico se hizo alguna cosa, porque sólo de este género había regular ocasión de trabajar.

Atinadamente dice el *Tesoro americano de bellas artes*: « Las circunstancias en que se hallaban las colonias dirigieron la atención á los trabajos místicos; de manera que los ensayos de pintura consistieron en cuadros piadosos y santos, y los de escultura en vasos sagrados é imágenes talladas. »

Según este librito, todo cuanto de particular hubo en Chile acerca de la pintura y escultura puede resumirse en los siguientes brevísimos renglones :

« Nos ha quedado una estatua de San Francisco Javier en el momento de morir, trabajo de mucho mérito que existe al presente en la catedral de Santiago.

» Hay otra obra escultural de aquella época que, aunque no pertenece al género religioso, merece ser mencionada por su mérito. Nos referimos al *escudo real de España*, hecho á principios del presente siglo (1805-

1809) por el escultor chileno D. Ignacio Andía y Varela. »

Notablemente más atrasada debió, sí, estar la escultura en 1620, pues entre las cosas pedidas á Lima para *el Situado* se halla « el apóstol Santiago, patrón de España, hecho de bulto á caballo, el mejor que se pudiera hacer, que es para la capellanía á que está obligado el ejército ».

« De pintura no ha quedado nada que merezca llamar la atención, incluso el cuadro de la *Cena*, que se halla en la sacristía de dicha Catedral, y que vale poca cosa. »

No me ensaño contra Chile, ni tengo para ello el más mínimo motivo; al contrario, movido por la fuerza de la verdad debo hacer en favor de esa República una declaración que mi conciencia de historiador está exigiendo, aunque sienta sea en causa propia.

No iré, por supuesto, á decir que Chile fué lo más adelantado que en las bellas artes y en las industrias mecánicas tuvimos en América; diré, sí, que en Chile no faltaron unos cuantos artistas y artesanos que puedan sostener una decorosa competencia con el resto de Sud-América.

Voy, pues, á dar una buena ampliación á cuanto hasta aquí llevo dicho acerca de las artes liberales y de las mecánicas en el

reino de Chile, ó sea la antigua Nueva Toledo.

Como los españoles que de España pasaban á América no querían, por lo general, ocuparse en los oficios mecánicos que en su patria ejercían, eran muy contados los artesanos en Chile.

Los Padres de la Compañía necesitaban de operarios para las fábricas de sus Colegios é iglesias; en el país no los había, ó exigían jornales que los recursos de los Padres no podían satisfacer. La primer idea fué la de acudir á los Superiores de España para que de los coadjutores se enviara á Chile un regular número de hermanos que cubrieran las apremiantes necesidades de los trabajos dichos.

Los Padres que de Chile pasaban á España con el título de Procuradores hacían todo el acopio posible de ellos, y aun de los que deseaban la Compañía antes de haber entrado al noviciado. Llegaban éstos á su destino y á poco desfallecían por completo, no dando el mejor nombre á la religión de la Compañía, amante de su crédito, que se veía precisado á despedirlos.

La solicitud de los Procuradores y el empeño de los Generales fué atendiendo á todo. Se sacaron de Alemania algunos sujetos ya

formados, entre ellos al hermano Pitterich, escultor, y con barnices de arquitecto é ingeniero. Fué tanto lo que este buen hermano lego instó á sus Superiores de Alemania, tanto lo que suplicó para que remitieran coadjutores diestros en la ebanistería, albañilería y demás oficios, que el Provincial de Alemania no se contentó con los cinco que pedía el buen Pitterich, sino que envió 15, entre ellos al cuasi arquitecto Miguel Herre.

No se acobardó éste para pedir de nuevo más hermanos, y así en carta á su Provincial insistía en la absoluta falta de operarios; á estas súplicas se debió aquel grande envío de 40 hermanos coadjutores que en 1747 vinieron con el P. Haymhaussen, según los llama el P. Enrich en su reciente *Historia*, y á los que Barros Arana, y con él nosotros, hemos calificado, en su generalidad, de seglares disfrazados.

No dudaría yo mucho que buena parte de ellos fueran como tomados á prueba, y así pueden muy bien acoplarse ambos historiadores en este punto.

Ya que sabemos el origen de los buenos artesanos y de los artistas que le llovieron, digámoslo así, al reino de Chile, será bien que digamos lo que hicieron en sus respectivos oficios y el grado de esplendor que die-

ran á Chile en la artes liberales y puramente mecánicas, reservando lo perteneciente al grabado para la sección que le corresponde.

Pintura. — No llegó Chile á acercarse en este ramo al Ecuador, ni al Perú, ni á Nueva Granada; el cuadro llamado de la *Cena* no vale mucho (1), y los de la Letanía de la Virgen, que se vinieron á acabar en 1763, no creo pasen de medianos: el dibujo vale más que la pintura. Fuera de esto, nada hay que merezca ser nombrado, pues los cuatro cuadros que el Padre Luis de Valdivia llevó á Chile en 1622, y que estuvieron en regular aceptación, procedieron de Lima, y fueron obra de Juan Rodríguez, por la cual recibió 650 pesos.

Escultura. — Algo más se hizo en este otro ramo por los jesuítas alemanes idos á Chile; con todo, quedó la escultura á muy bajo nivel respecto de la quiteña, y á bajo ó á no alto respecto de la peruana.

Trabajaron nuestros alemanes la estatua de San Miguel, muy buena y que parece la ignoró el *Tesoro americano de bellas artes*; el altar de los *cinco mejores*, obra de Pitterich, con nueve estatuas que valían bien

(1) Con perdón del P. Enrich, que lo llama grande y magnífico.

poco, aunque se disfrazaban con una buena encarnación y colorido, á la alemana, como si dijéramos.

La capilla doméstica del Colegio máximo, de nueve varas de ancho y 30 de largo, fué otra de las obras escultóricas de 1746. «Su altar mayor, dice nuestro P. Enrich, no era de mal gusto (yo no sé cómo era el de este buen Padre); estaba casi enteramente cubierto de tallas dicho altar, tan finas y bien ejecutadas, que las más fueron trasladadas al nuevo altar mayor de la iglesia grande en 1857.

»El púlpito era bueno y primorosamente entallado...; los escaños, que corrían todas las paredes excepto la del presbiterio, tenían respaldos altos y muy labrados.»

No pocas de las estatuas que adornaban los altares de las iglesias que la Compañía tenía en todo Chile serían de Lázaro, Pitterich y algún otro escultor de entre los hermanos coadjutores; pero nada ha merecido, fuera del San Miguel, los honores de la posteridad.

No así en la ebanistería, que fué el verdadero fuerte de los transportados alemanes.

La cajonería que se había colocado en la sacristía del Colegio máximo en 1758, y que hoy existe, como dijimos, en la de los canó-

nigos, era obra de mérito por la prolividad de la labor, por la delicadeza de los embutidos y tallados, por la gracia de los dibujos, y por el tino y buen gusto con que están elegidas las maderas que entraron en su composición; no faltaron otras obras de ebanistería, pero ninguna igualó á ésta ni en magnitud ni en perfección.

Orfebrería.—Parco anduvo, en verdad, el Sr. Barros Arana al relatar lo que acerca de las industrias mecánicas debía Chile á la Compañía de Jesús, y nada largo anduve yo con ella cuando traté de esta materia.

Fiel á mi propósito de no tomar para entonces dato alguno de lo que sus historias enseñaran, rompo ya aquel propósito y pongo á la luz del mediodía cuanto la corresponda de justicia.

Para la iglesia de Santiago trabajaron los hermanos alemanes, en 1746, una hermosa custodia de más de cuatro pies y medio de alta; «sobre una peana sencilla pero elegante está de pie un ángel, precioso por su forma y propiedad, con los brazos abiertos y levantados en alto para sostener el cuerpo principal de la custodia, que también descansa sobre su cabeza, la cual tiene levantada en ademán de mirar con respeto y devoción al Santísimo.

» El centro es un óvalo formado con cuatro semicírculos, un poco rebajados los de los costados y algún tanto prolongados los otros dos; tres órdenes de rayos se desprenden de ellos, distribuidos unos sobre otros vistosamente; preciosos arabescos cubren su empalme con los mismos, y una como guirnalda de espigas, pámpanos y racimos corre por encima de éstos, desprendiéndose de la cabeza del ángel y pasando por el remate, que es una cruz. Entre ésta y el óvalo sobresale una imagen de alto relieve representando al Padre Eterno y al Espíritu Santo en un trono de nubes, con la cabeza inclinada hacia el viril, en ademán de mirar al Hijo divino.

» Toda ella es de plata sobredorada, y su peso es tal que sólo los materiales costaron 1.600 pesos, irogados graciosamente por los fieles. El Colegio sólo tuvo que gastar en la manutención de los hermanos que la trabajaron. »

Cuando en 1756 entró el P. Carlos Haymhaussen por rector del Colegio máximo de estudios, embelleció aún más esta custodia.

Fué este Padre hijo de los condes de Haymhaussen, en el reino de Baviera, y primo del emperador de Austria, como también de la reina de Portugal, á la que visitó en

Lisboa. La munificencia de esta señora le colmó de presentes cuando vino á Chile, dándole muchas y preciosas alhajas.

Con ellas enriqueció dicho Padre la custodia de que acabamos de hablar, abundando los topacios, rubíes, esmeraldas, diamantes y demás piedras preciosas. La distribución de estas piedras fué bella; las de color y algunos brillantes se pusieron en torno del óvalo en que lucía cuatro diamantes de un cuarto de pulgada de ancho y algo más de largo; otros cuatro del mismo tamaño y dos mucho mayores se pusieron en el viril, que estaba cuajado enteramente de otros menores, pero de muy buenas luces. Decíase que los dos principales estaban tasados en 30.000 pesos.

Esta preciosa alhaja se transformó después (1766) en un relicario para el sagrado Corazón de Jesús. Este y los ángeles de medio relieve que estaban en aptitud de adorarle, como los querubines que sobresalían entre la nube que lo circuían, formando como su trono, fueron de un dibujo y grabado preciosísimos.

No les igualaban en mérito los rayos que de la nube se desprendían; estas piezas eran sobrepuestas y trabajadas por manos menos hábiles. El pie del relicario era de poco gus-

to. Se trabajaron también otros relicarios menores para las reliquias de varios santos.

Hacia 1754 presentaron otra obra los hermanos alemanes: fué un hermoso frontal de plata con el nombre de Jesús en el centro, y á uno y otro lado los bustos de San Ignacio y de San Francisco Javier. Los 128 marcos de plata que entraron en él, y los 124 para el hermoso arco que contenía el tabernáculo, fué el peso de la materia bruta que en estos dos trabajos se empleó; sin ellos hubo otros 182 para un grandioso trono que no sé á qué estaba destinado.

Entre los diversos candelabros de plata había seis, hechos en la Calera, de cerca de cuatro pies y medio de alto, y dicen que de elegante forma y de superior trabajo.

Relojería. — Fama dejó en Chile el reloj que por los años del Señor de 1756 remitió el P. Haymhaussen á su regia prima, como testimonio de gratitud por la generosidad que por su respeto había tenido para con la provincia de Chile; después de enterarla de lo bien que había empleado las alhajas, le rogaba «que únicamente por ser cosa de esta América» aceptara el reloj que había trabajado uno de los hermanos coadjutores, aunque no desmereciera, por ventura, estar colocado en cualquiera de los salones rea-

les, atendido su mérito artístico y especiales aplicaciones.

» Este reloj no sólo señalaba las horas, minutos y segundos, así como los días de la semana y del mes, sino también los diversos movimientos de la esfera celeste y el aparente del sol por los signos del Zodiaco, y algunos otros accidentes del sistema planetario, ejecutados con bastante precisión y propiedad.

» Otro de igual construcción hubo en la sacristía del Colegio, que se conserva todavía en la de los señores canónigos de esta catedral; y si bien es verdad que no está actualmente en movimiento el sistema planetario, por no haber habido quien acierte á componerlo después de haberse parado, quizá tan sólo por estar su complicada máquina cubierta de polvo, lo restante marcha con una exactitud tan admirable que jamás se ha descompuesto, según lo aseguró uno de los canónigos más antiguos. »

En 1765 fué sustituido el antiguo reloj de la Compañía con otro, en el que se invirtieron 40 quintales de hierro, los cuales quedaron reducidos á 20 después de labradas y pulimentadas todas sus piezas.

Tenía los índices dorados en las cuatro esferas correspondientes á los cuatro costa-

dos de la torre. « Pero su mayor mérito consistía en la firmeza de su construcción y en la regularidad y exactitud de sus movimientos. Es fama que no se tuvo que componer jamás en los setenta y seis años que duró, y ciertamente que no ha habido nunca otro más seguro en todo el país. »

Destrozóle el incendio de 31 de Mayo de 1841; y aunque un artista afamado recogió sus piezas, y uniéndolas prolijamente las amoldó para vaciar otras con que armó uno nuevo, no llega éste á la perfección de aquél.

Ni en los libros ni en los papeles del tiempo hay noticia del nombre de los hermanos coadjutores que hicieron estas obras.

Fundiciones.—Déjase entender lo que en este ramo se haría cuando tantas iglesias se levantaron ó acabaron en el primer medio siglo de la anterior centuria. Seis buenas campanas tenía el Colegio máximo de Santiago, colocadas en él en 1754; á éstas se agregó otra de 44 quintales en 1758. No salió del todo á gusto de los Padres; lleváronla á la Calera, la deshicieron, y añadiéndola 11 quintales de bronce, la fundieron de nuevo.

Sacó una vibración tan suave é intensa, que ninguna había que se le pudiera com-

parar. Se oía desde el río Maipú, y aun desde la Calera, esto es, desde cinco y seis leguas de distancia en línea recta.

Fábricas de paños, de tejidos y de vidrio.—Los hijos de la Compañía habían ido más allá de lo dicho; necesitaban vestirse, y habían planteado talleres de paños y tejidos. En Mendoza y Bucalemo los tenían de paño burdo; pero en la Calera ya lo trabajaban fino y bien abatanado; este batán quizá fuese el único de Chile. El colegio de Chillán había encargado ya á Europa la maquinaria necesaria para plantificar una fábrica de paños como la de la Calera.

Carvallo, autor contemporáneo, dice que tenían también los Padres una fábrica de vidrio. ¿Se negará, en vista de toda esta industria, que en Chile no faltó cosa alguna de ellas, y que, aunque reducida á un corto número de artífices, fueron éstos excelentes? Los Padres no negociaban con ninguna de las cosas que hacían; sus iglesias, que eran, repito, muchas, y las atenciones para el vestido y demás gastos propios de las Comunidades, daban muy cumplido trabajo á los hermanos dedicados á las artes mecánicas y liberales.

Pero no eran estériles los conocimientos de ellas, ni quedaban absolutamente ence-

rrados en tan estrecho círculo. Los jesuítas tenían por necesidad que enseñar lo que sabían á los hijos del país que mostraran alguna afición y aptitud para las obras que ellos hacían : tenían que servirse para oficios secundarios de lo que en el país hubiera, y así íbanse disponiendo poco á poco los ayudantes para maestros.

Cuando ya estaba próximo á madurar tan apetecido fruto, la orden del Sr. D. Carlos III (1767) de extrañarlos á todos de América cortó por completo la esperanza de tener en muchos años artesanos y artistas entendidos en las cosas propias de su profesión y gusto.

Si el lector se sorprende, y con razón, de hallar entre páginas de pintura y escultura franelas y vidriados, le ruego considere que no pude colocar lo que aquí digo de estas industrias en su propio lugar, por quitar todo aire de jactancia propia y toda sombra de querer presentar allí á la Compañía de Jesús como la religión que más adelantos industriales había proporcionado al Nuevo Mundo.

Por esto omito tomar lo más mínimo de nuestras historias, dejando hablar en ello á las ajenas ; mas la justicia pide que no se ignoren los beneficios que, aun en el orden

puramente civil, deben los pueblos á las Órdenes religiosas.

Dorados y grabados.

MANIFIESTO se ha hecho de todo punto, en las descripciones dadas acerca de los retablos y otras obras de escultura, lo mucho que los doradores tuvieron que trabajar en las cosas propias de su oficio. Conviene, sin embargo, dar más extensión á la materia, tratando en particular algo de lo que en este arte del dorado se trabajó en nuestro Virreinato.

No repetiremos cosa alguna acerca de aquellas piñas de azul y oro de que nos habló el P. Maestro Fray Antonio de la Calancha en varias ocasiones, ni de los artonados dorados de las iglesias, tan elegantemente descritos por Córdoba y Salinas, sino que, presupuesta la memoria de todo esto, la enriqueceremos con el recuerdo de unas cuantas obras, á todas luces maravillosas, en el arte del dorado peruano.

Pues una de las que en este género llama la atención en toda la América del Sur es la antigua iglesia de los Padres de la Compañía